

eternamente la justicia. En todas las revoluciones se repite el ejemplo de Holanda; el mendigo triunfa del déspota.

Las ideas democráticas se hallan esparcidas por todas las conciencias, y se condensan, y al condensarse forman un nuevo sistema social. Sucede con las ideas lo que supone la cosmogonía que sucede con los astros. Una gran porción de sustancia cósmica disuelta, disgregada, precede á su formación. A los ojos vulgares, esa sustancia cósmica disuelta en los cometas, es una espada de fuego que amenaza al mundo, y á los ojos escudriñadores y penetrantes, esa sustancia cósmica es el anuncio del nacimiento de un nuevo mundo, de un nuevo planeta. Pues bien, las ideas, los sentimientos, las aspiraciones democráticas han compuesto un nuevo estado social, cuya fórmula se halla en todas las conciencias, y cuya realidad debe pronto, muy pronto hallarse en el espacio. No había un dolor que no se quejara, desde el dolor que siente la conciencia esclava, hasta el dolor que siente la tierra estéril; y cada una de estas quejas llamaba un remedio, y cada uno de estos remedios era una reforma, y en cada una de estas reformas se contenía toda la democracia. Los pueblos saben hoy que no pueden volver al absolutismo, pero saben también que no pueden permanecer en el doctrinarismo falso y corruptor. Así como antes de 1789 las quejas de los clubs, de las sociedades secretas, de las juntas generales de elecciones, de los comicios, llegaron á formar toda la revolución, y á dar en tierra con el sistema absoluto y el sistema feudal, así entonces en España, todo el mundo, pedía las reformas que constituyen el símbolo del partido democrático. Era necesario, era indispensable, pues, fundar una nueva sociedad sobre estos nuevos sentimientos, porque en todos tiempos, cuando el sentimiento y la idea han ido por un lado y las leyes y el gobierno por otro, en abierta y reñida oposición, se han engendrado más tarde ó más pronto, pero necesari-

ria, indefectiblemente, las crisis terribles y sangrientas.

No hay que dudar. La transformación del sentido político se realizaba en nuestro tiempo, á nuestra vista, de la misma manera que se realizaron todas las transformaciones precedentes. Así como en los realistas de 1823 se encontraban inconscientes los soldados de 1836, en las huestes que hasta entonces se habían sacrificado por esta ó por la otra Constitución histórica, se encontraban las huestes que desde entonces en adelante se santificarían por la Constitución natural de los pueblos, es decir, por la democracia. Todo aumento, así de la vida moral, como de la vida material; todas las asociaciones, así científicas, como industriales; todos los descubrimientos, desde la máquina que aprisiona el rayo y le obliga á escribir la palabra humana, hasta la máquina que mueve la aguja de coser; todos los movimientos políticos, en un sentido ó en otro, desde el afortunadísimo de Nápoles, hasta el infortunado de Aspromonte; toda reforma, desde las políticas que Gladstone prometía á la aristocrática Inglaterra, hasta las sociales que Johnson afirmaba en Virginia; toda manifestación del arte verdadero, desde las notas que se escapaban al piano bajo los trémulos y cansados dedos de Rossini, hasta los Comuneros y Puritanos que trazaban la mano joven y febril de Gisbert, todo este aumento de vida, de ideas, de aspiraciones inquietas y sublimes, todo es revolución, todo es democracia, porque todo viene á aumentar el magnetismo de los sentimientos de libertad y de igualdad que se encierran en nuestro glorioso siglo.

Cada treinta años cambian los sentimientos y las ideas aun entre aquellas naciones más apegadas á su tradición y á sus costumbres. No hay en la Europa continental ningún país tan tradicionalista como España. Pues bien; en 1605 éramos esclavos de la Inquisición y de los frailes, y en 1719 luchábamos á porfía con Roma; desde las visiones

históricas del Ente dilucidado, especie de delirio nacido de la fiebre devota, íbamos á dar en el regalismo atrevidísimo de Macanaz que casi anulaba el poder de Roma, y en la crítica de Feijóo que entraba en el santuario y arrojaba las reliquias antiguas á la calle. En 1753 España siente necesidad de paz con Roma, necesidad de paz con el mundo entero, firma su Concordato, establece su neutralidad; y en 1767 espulsa los jesuitas y abre aquella larga contienda con la Santa Sede que acaba por anular á los de Loyola, el ejército organizado y permanente del Papa: sacude la paz poco más tarde, y rompe la neutralidad, y se empeña en larga lucha con Inglaterra por favorecer dos ideas, que vienen á ser como la negación de toda la historia precedente, la independencia y la República en América. En 1793, por ejemplo, somos el pueblo de María Luisa y de Godoy, el pueblo de los manolos, de los chisperos, de las duquesas dadas al toreo, de las intrigas cortesanas, de las conspiraciones del Escorial, de las serviles complacencias, del murmurar sigiloso, del consentir eterno, el pueblo que solo podía inspirar á Goya sus admirables cartones y á D. Ramon de la Cruz sus admirables sainetes, dos grandes caricaturas; y en 1808 somos el pueblo de la epopeya, el pueblo en que cada ciudadano es un hombre de Plutarco, cada familia una legión de mártires, cada legislador un profeta del siglo, cada ley un golpe de muerte á la monarquía absoluta, á la suprema Inquisición, al invasor convento; y la luz que sale de Cádiz, y el fuego que sale de Zaragoza y de Gerona, iluminan é incendian al mundo, y entre las ruinas amontonadas por quince siglos de tiranías sin número, reaniman y levantan á Italia y Grecia, las dos Sibilas de la historia.

Hoy los demócratas tenemos ya nuestro ideal hecho nación; nuestra utopía hecha verdad. Cuando mirábamos antes á los Estados-Unidos, cuando contemplábamos su ban-

dera con sus estrellas, las negras sombras que entre esas estrellas había, contrastaban la fuerza de nuestra creencia, y desanimaban el impulso de nuestra voluntad. Hoy el ideal se ha purificado completamente; hoy se han redimido los Estados-Unidos sobre las ruinas de Richmond, la proterva Babilonia de donde han salido tres millones de esclavos convertidos en hombres. La democracia moderna tiene ya su ideal realizado. ¿Qué revolución antigua podrá compararse á esta revolución que sabe fijamente á dónde se dirige? Todos los grandes movimientos del espíritu humano han tenido un ideal confuso, á veces oscuro. El ideal de Tácito era la Germania cubierta de sombras; el ideal de Gregorio VII el imperio antiguo aplastado bajo seis siglos de catástrofes y ruinas; el ideal de Leon X, la Grecia muerta, enterrada con su corona de Acantho en los campos de Queronea, doblemente talados por Mahomet y Bayaceto; el ideal de Maquiavelo, los engaños, las perfidias, las llagas morales y materiales de Tiberio; el ideal de Campanella, el sacro augusto universal imperio en provecho del César, que Gregorio VII no había podido resucitar en provecho del Papa; el ideal de Rousseau, un mundo artificioso que él llamaba de la naturaleza, y que en realidad, estaba tan lejos de la naturaleza como de la sociedad; todos los apocalipsis sociales han sido igualmente fantásticos, sombras en el horizonte, sueños en la conciencia, que, sin embargo han atraído y han aguijoneado, mejorándolo, al hombre, á ese eterno viajero del progreso. Siempre le ha sucedido á la humanidad lo que á una de sus grandes personificaciones, lo que á Colon, que buscando Asia, se encontró América; que buscando el oro de los imperios enterrados, encontró el oro nativo de los pueblos vírgenes; que buscando el mundo de lo pasado, se encontró el mundo de lo porvenir.

Pero nosotros no; ¡ah! nosotros tenemos nuestro ideal realizado en los Estados-Unidos, en una nación que es hoy la maestra de



las naciones. Mientras la vieja Europa, que apenas puede sostener el peso de sus ejércitos espirituales y materiales, con sus Iglesias privilegiadas, con sus césares, con sus gobiernos que parecen omnipotentes, con sus aristocracias petrificadas, con sus Congresos, que ni siquiera representan la voluntad de unos cuantos afortunados, con sus altas Cámaras oligárquicas, con sus naciones destrazadas, como Polonia y como Venecia; ¡ah! se encorva y envejece bajo el doble peso de una inmensa deuda sobre su tesoro, y de una inmensa decadencia sobre su espíritu; la joven América, en el espacio que se estiende desde los mares de Terranova al golfo mejicano, y desde las fronteras del Atlántico hasta las fronteras del Pacífico; en aquellos bosques, antes inexplorables, en aquellos rios antes infranqueables, ha planteado la democracia, ha concedido la libertad absoluta al pensamiento, inviolabilidad á la conciencia, universalidad al sufragio, asociacion al trabajo, el municipio al gobierno de los pueblos, el Congreso al gobierno de los Estados; el jurado como base de la organizacion judicial; la igualdad de los ciudadanos como base de la organizacion social; la amovilidad y la responsabilidad del poder como base de la organizacion política; por toda contribucion la aduana, por toda censura la opinion pública, por todo limite á cada derecho, el derecho de los demás hombres; y á la luz de estos principios, que despiden el calor de la verdadera vida, se han juntado los representantes de todas las razas, las ideas de todas las sectas, los esfuerzos más titánicos del trabajo humano y en pocos años aquellos Estados han centuplicado su poblacion, extendido ciudades riquísimas sobre el desierto, y ciudades flotantes sobre los rios; creado instituciones mercantiles que valen por una nacion, y escuelas rurales que valen por una universidad; y cuando se les creia apegados á la materia, incapaces del heroismo; con su Sherman y su Grant, han eclipsado los generales de la Re-

pública francesa; con su Lincoln han burlado todos los cálculos de la política; con sus ejércitos de millones de hombres que dejaban en pos de sí abandonados sus heridos, sabian que los iban á recoger los ejércitos de la fraternidad y de la caridad, y á albergar porque hospitales ambulantes más grandiosos que los palacios de nuestros reyes, con sus ejércitos han mostrado su abnegacion; y con redimir tres millones de esclavos han conseguido que así como el polo inmóvil de la vida religiosa moderna es el calvario de Cristo, el polo inmóvil de la vida social sea eternamente el apictolio de Washington.

La verdad es, que todo el mundo sabia ya lo que deseaba la democracia; todo el mundo sabia que deseaba la democracia el sufragio universal, la libertad completa de la prensa, el *Habeas Corpus* para la seguridad individual, la inviolabilidad del espíritu y del hogar, derecho de reunion, derecho de trabajar libremente, derecho de comerciar libremente, credito libre, enseñanza libre, unidad de legislacion, abolicion de la pena de muerte, Jurado, Iglesia independiente, Universidad independiente, Municipio independiente, Provincia independiente en todas las atribuciones que le son propias, legislacion liberal, muy liberal en las colonias, abolicion completa de la esclavitud, desamortizacion, desestanco de la sal y del tabaco, supresion de los consumos y del papel sellado, rebaja de los aranceles, con lo cual se aumentarían los rendimientos fiscales y se podrian disminuir las contribuciones como en los Estados- Unidos y en Suiza; abolicion de las quintas y matrículas de mar, desamortizacion de minas, de salinas, venta de todos los edificios que no hubiera menester el Estado, difusion de la enseñanza primaria, hasta lograr que todos los españoles sepan leer, y que la instruccion deje de ser una de las atenciones del Estado para convertirse en la más alta y más lata de las funciones sociales: todas las mani-

festaciones de la libertad, la consagracion completa del derecho.

Definir la idea, concretarla, era lo primero. Las ideas se definen, se concretan por medio de la contradiccion. A cada sacudimiento, á cada batalla que con las sectas afines tuvo por cuestion de principios el partido democrático, se aclaraban más y más sus ideas, pudiendo decirse entonces que habia cesado la hora de la controversia y que habia sonado la hora de la accion. En su polémica con el partido progresista, mostró en una época de indudable gloria, que la democracia no podia admitir ninguna limitacion del derecho, que no podia consentir ninguna ley que atentase á la integérrima autonomia de la personalidad humana. En su lucha con las sectas que desconocen los derechos individuales, la democracia mostró que sostiene para todo, lo mismo para la política que para la economía, lo mismo para los problemas que afectan al espíritu que para los problemas que afectan al estado social, sus dos ideas fundamentales de libertad y de igualdad. Definido, concretado, puesto en artículos explícitos y clarísimos, explicado amplísimamente, impreso el dogma radical en todos los corazones y en todas las conciencias, era ya la época de pensar en el triunfo real de la idea, la época de pensar en su aplicacion práctica, directa, á esta sociedad. Para tal fin, no bastaba con la idea; era precisa la accion. Y para obrar, los partidos necesitan contarse, los partidos necesitan organizarse. Y se trabajó mucho, muchísimo por la organizacion.

Es verdad que ha habido grandes inconvenientes, verdad que hemos tocado algunas dificultades. Pero no puede aún asegurarse si han sido estas mismas dificultades abultadas por nuestros enemigos, signos de vitalidad ó de decadencia. En la cosmogonia social sucede lo mismo que en la cosmogonia física. Ciertas manchas blanquecinas del cielo que están muy lejos, son para nuestros ojos un vapor, una nebulosa, algo etéreo que con-

finia casi con la nada, y son para el telescopio del astrónomo un hormiguero de soles. Ciertas luchas en la sociedad, por dolorosas que á primera vista sean, purifican y encierran gérmenes maravillosos de futuras y poderosas organizaciones. Lo cierto es que habíamos resuelto un problema. Lo cierto es que la reunion del cinco de Noviembre, con su innumerable público, con sus numerosos votantes, con su orden y concierto, con sus discursos, cuyos comentarios todavía se escribían en la prensa, todavía se perfraseaban en las públicas conversaciones despues de dos meses; la reunion del cinco de Noviembre habia mostrado que el partido democrático era un todo perfectamente armónico, el cual resolvía sus contradicciones y sus luchas interiores en una sola idea. Ya no podia decirse de la democracia aquello que se dice de los globos aereostáticos, se ha encontrado el secreto de elevarlos, pero no se ha encontrado la máquina para dirigirlos. El partido democrático tenia su idea que lo elevaba sobre todos los partidos, su programa; tenia ya su mecanismo que lo impulsaba resueltamente á sus fines, la organizacion.

El partido democrático tenia ideal, tenia organizacion. Su espíritu se encarnaba en riguroso cuerpo robustamente organizado. Por todas partes se veia brotar la llama de la nueva idea. Por todas partes se veian surgir los legionarios del humano progreso. España ardia toda entera en el espíritu nuevo. El único enemigo formidable que contrastaba nuestras esperanzas y hacia vacilar la luz de nuestro ideal era el formidable imperio de Napoleon Bonaparte.

Parece imposible, pero el pueblo locuaz por excelencia, el pueblo-orador de la historia moderna, el pueblo sensible como las mujeres, y atrevido como los héroes, el pueblo de los discursos y de las canciones, el pueblo francés callaba. En su silencio, en su inaccion, parecia no sentir ninguna idea, y no obedecer á ninguno de los impulsos de la



civilización moderna. Mientras ese pueblo inglés en el cual sostiene una rivalidad que se estiende desde Azoncourt hasta Waterlloo, afirma cada día más sus libertades, y anda más cada día hacia el sufragio universal; mientras esa Italia que antes parecía el país de los muertos, engendra las Asambleas de las discusiones audaces y los ejércitos de la gloriosa independencia; mientras esos Estados anglo-americanos tantas veces motejados de no tener ni una gota de sangre para vivificar las ideas emancipan á sus negros; mientras la España de los frailes y de los inquisidores abraza la causa de los revolucionarios y de los filósofos; mientras la Rusia bárbara convierte sus siervos en hombres; y la Suecia feudal abre su constitución á los principios de 1789, Francia se dormía al parecer bien hallada en su tranquila, si ignominiosa, tutela.

¿Será posible que el pueblo francés no entienda de la libertad nada más que la anarquía, ni de la autoridad nada más que el despotismo? ¿Será posible que el pueblo francés haya incendiado al mundo con su revolución para caer luego en una paz perdurable y deshonrosa? Lo cierto es, lo indudable es, que la historia no recuerda una decadencia tan grande aunque recorra los fastos de todos los imperios, ni la elegía podrá llorar nunca bastante un mal tan profundo aunque tuviera todas las lágrimas y todos los lamentos de Job y de Jeremías. Si no hay decadencia semejante á la de Constantinopla, que del seno de la civilización griega y romana, cae bajo la mano del sultán y la cimitarra de los turcos, resta averiguar si hubiera sido posible que sucediese esto en una Constantinopla conmovida por tres grandes revoluciones democráticas, habitada por los primeros guerreros y por los primeros escritores de Europa, señora de una tribuna cuyos ecos transformarían la conciencia del mundo, convertida en el centro de la civilización, en el cenáculo de la libertad.

La Francia que se gloria de haber destruido el feudalismo y la monarquía absoluta; de haber estendido por el mundo los principios de la igualdad civil; de haber triunfado en cien campos de batalla con solo entonar la Marsellesa; de haber hecho de su idea un incendio donde se han consumido todos los errores, y de su revolución un contagio donde se han acabado todos los tiranos; la Francia era, después de Rusia sin duda, el pueblo más brutalmente esclavo. No había resorte de dignidad moral, no había inspiración de la conciencia libre, no había movimiento del espíritu, no había idea alguna de las que mantienen el carácter y fortalecen la vida que hubiera podido resistir á la continua y letal influencia de la política cesarista. Un ejército innumerable, una administración bien semejante al ejército, una policía que estaba en todas partes como los espías y los esbirros del imperio romano, el hábito de la servidumbre militar habían convertido á Francia, que en 1789 y en 1793 era un pueblo de Gracos, en un pueblo de esclavos. ¿Cuán cierto es que el bien mayor de la vida, el resorte principal de todas las grandes acciones, la inspiración más pura de todas las ideas será eternamente la libertad!

Son bien conocidos los caminos por donde Francia había ido á dar en el cesarismo. Algunos fisiólogos de la historia suponen el cesarismo un mal congénito en la raza latina. No podemos creer, no creemos nosotros, adoradores de la libertad, en ninguna de esas fatalidades históricas. De raza latina es Italia y ha conservado aquellos municipios que se asemejan por su ciencia y por su libertad á las ciudades griegas; de raza latina es Portugal, y conserva sus libertades; de raza latina somos nosotros, y toda la fuerza, toda la astucia del absolutismo flamenco, extraño á nuestro suelo y á nuestra historia, no logró matar los gérmenes de federación diseminados en nuestras provincias; y el poder de la conquista más incontrastable de este siglo no

logró llevarnos tras el César de la fortuna y de la gloria que aparecía á nuestros ojos fascinados entre el humo de los combates y el relampaguear de las revoluciones con todos los prestigios de las nuevas ideas y de los antiguos misterios.

El ideal cesarista ha aparecido en algunas inteligencias privilegiadas de Italia como la única esperanza de domar aquella eterna pero fecunda anarquía de las ciudades italianas durante la Edad Media. Lo acarició Santo Tomás, lo elevó á los ojos del mundo para animar el poder de los Papas; lo ensalzó Dante, lo creyó dueño de la tierra, heredero del imperio de los asirios, de los medas, de los griegos, de los romanos, protagonista en la cambiante escena de la vida moderna, centro de la historia, vínculo que recibió en la Europa cristiana Carlo-Magno de manos de Constantino, Othon I de manos de Carlo-Magno por medio de una serie inacabable de sucesores; ornó este ideal con los reflejos de su genio, lo fortificó con la hiel de su cólera, lo invocó en aquellas sentencias que han quedado grabadas en la mente de Italia como un eterno dolor, cual si su pluma estuviera enrojecida en el fuego mismo del infierno; hizo todos estos prodigios de genio tan sólo para arrancar el poder de los papas romanos con el poder de los Césares alemanes; y cuando Maquiavelo volvió á invocar una monarquía tan uniforme, tan implacable, tan vengativa, tan inmoral como la de Tiberio, y creyó encontrar su ciencia en la política de Fernando V, y su realidad en la persona de César Borgia; cuando Maquiavelo desenterró el podrido cadáver del cesarismo en los campos de la antigua Roma, lo desenterró para castigar á la Italia del siglo XVI: sus infamias; sus córtes babilónicas donde reinaban todos los vicios; sus reinos improvisados y destruidos no como juegos de niños; sus repúblicas dictatoriales y sus monarquías plebeyas; sus tribunos cortesanos y sus palaciegos oradores; sus frailes adorando

las Venus desenterradas de la antigüedad y sus creencias enterradas en sus orgías sin término; su heroísmo inútil y sus ostentosos sacrificios; sus coros de artistas conquistando lo infinito y sus legiones de guerreros cayendo á los pies de extrañas gentes; para castigar á Italia, la primera de las naciones por su genio celeste y por su posición en la tierra y la última por la infamia de sus hijos; nación necesitada entonces de que la despertaran con terror infinito en la rueda de todas las tiranías y en la merecida prueba de todas las desgracias.

El ideal del cesarismo ha sido constantemente en Italia un sueño vago, un sueño bien extraño en verdad, á la civilización latina de los tiempos modernos. ¿Cómo ha reaparecido, sin embargo, después de las revoluciones y ha reaparecido en Francia? Culpa en parte de la fatalidad; culpa de la misma revolución. Europa coaligada contra la primera revolución, pudo crear el cesarismo militar de Napoleón el Grande. Pero en 1848 ¿quién creó ese cesarismo astuto, burocrático, incierto, sin norte seguro, sin idea fija; especie de dictadura ignara y voluntariosa, que despierta á Italia y deja degollar á Polonia; que arranca á la casa de Austria la corona de hierro en Lombardía y le dá la corona de Itárbide en Méjico? Francia nada tenía que temer de Europa en 1848. Los tiranos todos habían sentido vacilar sus tronos al grito de «Viva la República» que lanzaba París, la capital del género humano. Ya había cambiado completamente el destino de la revolución. En vez de temer Francia la invasión de Europa, temía Europa la invasión de Francia. Pesth, Viena, Berlin, Roma, se habían levantado como una nueva legión de ciudades aqueas, sublime anfictionado de la democracia, que pudo sucumbir por culpa de todos en su primera eflorescencia; pero que revivirá mañana en los Estados-Unidos de la Europa del porvenir.

El cesarismo reapareció por culpa de las